

Capítulo 7: Deuda o muerte

Con una súbita sensación de alarma, corrió hacia la ventana. Saltar era posible, pero sobrevivir a la caída era una fantasía. Su corazón latía acelerado. Empezó a buscar otras soluciones para salir de allí. Trató de sosegar y pensar, pero sin éxito. Para colmo, el idiota de compañero que le había tocado no parecía entender el apuro en el que se encontraban.

– Mira, ven –dijo Notas como asombrado–. Estaban aquí puestas sobre la mesilla, cerradas. ¿Se te ocurre alguna razón para que las dejaran tan a la vista?

Furia cogió una bolsa que le tendía el músico y tuvo que agarrarla con fuerza para que no se le cayera. Pesaba mucho más de lo que se esperaba. Miró dentro y... oro. Pesados lotos de oro. Se le nubló la mente, no entendía nada de lo que estaba pasando.

No mucho después la puerta se abrió de nuevo y unos veinte guardias entraron en doble fila y se dispusieron de tal manera que formaban una muralla circular en torno al sacerdote y el conde, que entraron los últimos. O los penúltimos... A Furia le pareció escuchar el roce de unas ruedas sobre el enlosado, pero el muro de petos metálicos le impedía confirmarlo.

– Ya podéis quitaros los disfraces –se oyó la voz del conde–, y dejar todas las armas en el suelo.

Por un instante evaluó las posibilidades que tenían de sobrevivir si se enfrentaban a todos ellos. Una cosa eran siete guardias en la oscuridad del depósito, desprevenidos y sin sospechar nada de ellos. Pero la situación había empeorado desde entonces.

Esta vez eran más de veinte, y no contaban con el factor sorpresa. Supuso que Notas también vacilaba en dejar sus cuchillos, como era natural. ¿Pero qué otra opción tenían? Se preguntó qué los habría delatado. De pronto le vino a la mente la imagen del grandullón borracho revelando todo el plan a voz en grito por las calles del pueblo y cantando una oda a las nubes como hacía a menudo antes de quedarse dormido y derramar las últimas gotas de la última botella.

El sonido metálico de una docena de cuchillos la sacó de ese desagradable pensamiento para traerla de vuelta a una todavía más desagradable realidad. Se desató el talabarte y dejó caer varios cuchillos a su vez. Luego le llegó el turno al yelmo, que también tuvieron que dejar en el suelo. Solo entonces apareció la cabeza del conde por entre las lanzas de sus soldados.

– ¿De veras pensabais que tres simples llaneros podíais entrar en mis dominios sin que yo me enterara? ¡Yo! ¡El conde de Tejmerel! –exclamó con voz poderosa, y se echó a reír con ganas–. Llevo un ojo puesto en vosotros desde que pasasteis las Tres Granjas. ¡Y nunca mejor dicho!

Fue entonces cuando asomó alguien en una silla rodante. Una silla preciosa, de madera negra y tapizada para el confort de su propietaria. Era una mujer joven, rubia, de rostros finos y silueta aún más fina. Sus huesudas piernas colgaban flácidas y sus pies no llegaban a tocar el suelo. Lo más destacable eran sus ojos, blancos y brillantes. Furia nunca había visto unos ojos así. Pero había oído historias.

– Parecéis confusos, amigos, dejad que os explique –siguió el conde–, Rishia es un anteambulo. A veces al nacer, la naturaleza nos da unas cosas y nos quita otras. Los anteambulos pueden ver en las cosas. Pueden ver con las cosas. Rishia puede abrir un tercer ojo en los

animales e insectos. Puede ver desde las piedras de los caminos, desde las raíces de las plantas, desde las hojas verdes de los árboles o las más secas de la hojarasca.

El conde dejó de hablar, pero mantuvo su siniestra y malévola sonrisa.

– Rishia os vio robar en Seserah. Cuarenta y dos lotos de bronce que estaban destinados al conde y a la Iglesia –rumió el sacerdote, cubierto en su manto celeste–. El castigo por un robo son tres piezas de oro. Ningún ladrón tiene ese dinero, y por eso lo pagan con servicios. La segunda vez son seis, y una mano. Pero vosotros habéis matado a un joven inocente y a seis hombres del conde. ¿Sabéis cuál es el castigo que corresponde a eso? ¿Cuántas piezas de oro valen siete vidas?

Furia miró de reojo a Notas, que tenía el rostro pensativo. No parecía excesivamente preocupado. ¿Tendría algo entre manos? Se sacudió la cabeza. ¿Qué esperaba el sacerdote? ¿De verdad quería una respuesta? No se atrevió a decir nada. No entendía muy bien a esa gente. Hacía preguntas extrañas.

Estaba tensa como un palo, lista para actuar. Para esquivar. Para recoger su sable de nuevo y matar al mayor número de soldados que pudiera antes de...

– El joven de la aldea no debía tener más de dieciséis veranos. Al año no produciría más de cinco lotos de bronce, por lo que se puede deducir del pequeño botín que obtuvimos en esa aldea. En su corta vida, el muchacho os habría dado unos ochenta lotos de bronce, y eso suponiendo que trabajase la tierra aun siendo un bebé. Que es mucho suponer. Ochenta bronces, o lo que es lo mismo, ocho lotos de plata. ¿Y cuanto os cuesta un soldado? Las armaduras dejan mucho que desear, sus alabardas tampoco son muy buenas y las espadas... mejor ni hablemos de las espadas. Aquí no hay mucho donde gastar, así que seguramente el jornal será una miseria. Calculo unos dos oros por cabeza, uno por verano y uno por invierno. Si no reclutáis a niños, la vida de un soldado empieza a los dieciséis y no dura demasiado, por lo general. Hasta los treinta y cinco veranos, digamos. Así pues, diecinueve veranos y diecinueve inviernos de trabajo a dos oros por cabeza... Doscientos veintiocho lotos de oro. Con el joven, doscientos veintiocho oros con ocho lotos de plata –concluyó con un dejé desafiante–. Mi laúd vale más que eso, mi señor.

El sacerdote se le quedó mirando anonadado. Furia dedujo que en realidad no esperaba respuesta. O al menos, no una como esa. Cosa que había sospechado ella, pero por lo visto Notas no lo había captado. Sabría leer y calcular, pero el músico era tan nulo como ella en cuanto a entender la retórica. Esa cosa no existía en las Llanuras. La reacción del conde fue mucho más sonora. Sus carcajadas resonaron en el techo abovedado de sus aposentos.

– ¡Muy bien, muy bien! ¡Un llanero osado! –luego bajó la voz y adoptó un tono serio y circunspecto–. Hay cien lotos de oro en cada una de esas bolsas. Dos bolsas. Doscientos oros. Ese es el precio a pagar por vuestras fechorías. Y yo, bondadoso conde de Tejmerel, os los facilito para salvar vuestras vidas y la de ese gigante borrachuzo que venía con vosotros. Pero la elección es vuestra: comprad vuestras vidas y estad en deuda conmigo, o enfrentaros a mis hombres en esta habitación y morid con doscientos lotos de oro. Ah, y por supuesto, vuestro compañero correrá la misma suerte que vosotros, aunque él no tendrá elección. Su vida está en vuestras manos, forasteros.

– Si te damos tu oro, estaremos en deuda contigo –escupió Furia con desdén–. ¿Qué significa eso?

– Significa que haréis lo que yo ordene hasta que considere la deuda pagada, con los intereses, por supuesto.

– ¿Intereses? –Furia enarcó una ceja.

– Veintiocho oros y ocho platas –dijo, mirando a Notas con una sonrisa divertida.

Furia hizo una mueca de asco. Asquerosos intereses. Asqueroso dinero. Se habían metido en ese tinglado por el oro, cuando tenían ya suficiente bronce para vivir una buena temporada en los caminos. A Furia no le gustaba el dinero, pero sabía que podrían conseguir fácilmente esa cantidad en un año, dado lo fácil que había resultado robar los bronce de una aldea entera.

– Te devolveremos ese dinero, conde, pero no bajo tus órdenes –decidió ella, devolviendo la bolsa de oro a su sitio sobre la mesilla.

– ¿Y cómo pensáis hacerlo? ¿Robando en mi condado? ¿Saqueareis mis aldeas para darme lo que ya es mío?

Furia apretó los dientes. Se había quedado sin respuesta. Ella no sabía cómo se ganaba dinero. No tanto. Trabajando, sí. Pero ni en siete vidas podrían reunir tanto dinero solo trabajando.

– ¡Ya sé! ¡Podrías ser mi puta! Te pagaría un bronce por noche, y en unos veinte mil días tu deuda estaría...

Furia se agachó para recoger un cuchillo y lanzárselo a la garganta, pero la armadura la había vuelto mucho más lenta. Un soldado lanzó un látigo que la apresó al instante, estrujándole ambos brazos contra las caderas. No había visto al del látigo.

Acto seguido varios soldados se acercaron, unos con las lanzas en ristre y otros con los aceros desenvainados. Retiraron todos los cuchillos y armas que había por el suelo y los aherrojaron a los dos.

Luego fue el conde el que se acercó, ya sin peligro. Se acercó a ella, que estaba sujeta por dos soldados, encerrada en una armadura pesada y con unos grilletes que mantenían sus manos atadas a la espalda.

– Piénsalo. El campo de batalla no es lugar para una mujer. Mi cama, en cambio... ¿Sabes cuantas mujeres sueñan con compartirla? Esta oportunidad...

Por suerte, no la habían amordazado aún. Furia aprovechó esa circunstancia para escupirle a la cara, pues estaba demasiado lejos para morderle.

– ¡Zorra asquerosa!

El bofetón resonó en la habitación como un estallido. Primero fue la mejilla derecha, y luego, con el dorso de la mano, el hombre golpeó en la izquierda. Puede que la piel de topo de sus guantes amortiguara el golpe, o puede que lo hiciera más doloroso. Pero a Furia le daba igual, Furia estaba acostumbrada al dolor.

– ¡Matádos! –exclamó furibundo.

– ¡Mi señor! –intercedió el sacerdote–. Existe otra opción, si me permite.

El conde lo miró, todavía con la ira pintada en la cara. Se limpió el gargajo que le escurría por la nariz con su enguantada mano derecha y habló con un gélido deje de amenaza.

– Más vale que sea una buena opción, Ganeshe, no me gusta que me contradigan. Y menos delante de mis enemigos.

– Llevadlos al Torneo, mi señor. Llevadlos a luchar, y así no perderéis a Rajesh.

– Rajesh tiene opciones de vencer –replicó, aunque con poca convicción.

El sacerdote no añadió nada más, pero mantuvo su mirada. Aquellos segundos duraron una eternidad para Furia. Segundos en los que su mente urdía mil planes para salir de allí con vida. Mil planes, y ninguno acababa bien. El conde meditó largo rato, pero finalmente cedió.

– Sí, es una buena idea, Ganeshe. Morirán o me harán rico, mucho más rico –se giró hacia sus cautivos–. ¡Lucharéis en el Torneo de los Picos del Sol!